

DEFENSA DE LA TIERRA: LA URGENCIA DE LAS ISLAS MEDITERRÁNEAS

MARIA DEL MAR JANER MULET BIÓLOGA



© ELOI BONJOCH

“DE LOS HUÉSPEDES DE LA TIERRA,
ES EL HOMBRE TODAVÍA
EL ÚNICO QUE LA ENVILECE”

JOAN ALCOVER

“DELS HOSTES DE LA TERRA,
ÉS L’HOME ENCARA
L’ÚNIC QUI L’ENVILEIX”

JOAN ALCOVER

A partir de estos versos de Joan Alcover, podríamos hacer toda una serie de graves reflexiones, de gravísimas cogitaciones sobre lo que nos espera. Son muchos los problemas ambientales que tiene una isla y muchas las contradicciones que pesan sobre el devenir de cada día. En Mallorca, no podemos pedir un sím-

bolo paisajístico más lleno de sarcasmo. El símbolo, si no llegamos a tiempo de impedirlo, de una isla atravesada por autopistas para ir más deprisa a no se sabe dónde; rodeada de puertos deportivos, no para entretener el ocio, sino el amodorramiento estúpido de los súbditos del dinero; una isla abandonada por las flores y por los pájaros, llena de estiér-

col, de desperdicios de plástico, y cubierta de hormigón y cemento. Hay que reconocer que la progresiva degradación de nuestros espacios naturales es un hecho incuestionable. Numerosos factores han agravado este fenómeno y, en los últimos años, la degradación de los espacios naturales de Baleares se ha acentuado de forma alarmante a causa,



© ELOI BONJOCH

especialmente, de los incendios forestales y de la construcción de residencias en los espacios más valiosos.

La demanda turística en aumento constante, el afán del hombre de la ciudad —que cree ponerse en contacto con la naturaleza cada fin de semana— y también los poderosos intereses de los especuladores del suelo, han motivado la construcción masiva de nuevas urbanizaciones, a menudo localizadas en sitios boscosos y realizadas sin el más mínimo control urbanístico. El resultado no podía ser otro que una fuerte degradación de los ecosistemas forestales, cuya recuperación es, en la gran mayoría de casos, casi imposible. Lugares que, por su importancia ecológica, el hombre no habría tenido que desequilibrar nunca, han sido urbanizados de manera salvaje. Pero afortunadamente, la conciencia ecológica que, en los últimos años, ha surgido en nuestras islas, es verdaderamente alentadora.

A partir de los años 60, el fenómeno turístico generó un aumento importante de población, a fin de cubrir la demanda de puestos de trabajo. Como consecuencia del crecimiento demográfico, se produjo una sobreexplotación y, al mismo tiempo, una escasez de recursos, un aumento de la contaminación industrial, freática y litoral. En cuanto a la ocupación del territorio, aumentó la superficie cubierta por las ciudades y se incrementaron los residuos generados por la población. En

consecuencia, se perdieron parte de la superficie dedicada a la agricultura, bosques, garriga, zonas húmedas, etc., en favor de la urbanización, construcción de redes viarias, aeropuertos, instalaciones industriales, etc. También hubo una ocupación intensiva del litoral para usos urbanísticos y relacionados con el fenómeno turístico. En Baleares, la inyección masiva de combustibles fósiles —algo que favorece el cambio climático— también se produjo con el *boom* turístico. En tres décadas, el consumo de energía se ha multiplicado por más de cinco en la isla de Mallorca, impulsado por el número de turistas y el elevado nivel de renta que comporta. Este modelo económico todavía no es cuestionado por el poder político y económico, sino todo lo contrario. Las principales consecuencias del cambio climático, provocado por la intensificación del efecto invernadero, son la salinización de los terrenos y acuíferos cercanos al mar y la inundación de playas y ecosistemas litorales, como consecuencia de la elevación del nivel del agua; el aumento de la desertización y de la sequía estival y la disminución de las reservas de agua, fruto de la alteración del ciclo hídrico. También hemos podido apreciar la frecuencia de fenómenos meteorológicos potencialmente catastróficos, como las inundaciones y las tormentas; la pérdida de diversidad biológica debida al efecto del desplazamiento de las zonas climáticas hacia los polos, sobre unas

floras y faunas insulares tan fragmentadas como las nuestras.

La solución definitiva a los problemas energéticos pasa por el aprovechamiento de las energías renovables. Diversos estudios sobre planificación energética coinciden en la conveniencia de introducir sistemas de energía alternativos. Debe combinarse el ahorro energético con otras energías renovables a medio plazo. La extrema sequedad estival propicia los incendios forestales. Al producirse, éstos destruyen la vegetación, dejando el espacio en el punto inicial de sucesión reconstitutiva, es decir, en la fase óptima para la proliferación de especies rudas y oportunistas. Es necesario potenciar el desarrollo de las especies vegetales llamadas pirófitas que, por el hecho de arder bien, han elaborado evolutivamente una estrategia singular, ya que disponen de órganos subterráneos de resistencia o bien generan numerosas semillas de combustión difícil. En líneas generales, puede decirse que la vegetación mediterránea sabe integrar el fuego y convertirlo en un elemento rejuvenecedor de los sistemas forestales, pero la acción humana lo ha difundido sin mesura hasta hacerlo nocivo. No sólo sucumben muchas de nuestras cada vez más escasas áreas forestales, sino que, declarado reiteradamente, el fuego genera problemas de degradación edáfica del todo irreparables. La ignorancia es la causa de muchos males y, en buena medida, lo es de muchos

incendios forestales. Afortunadamente, cada día son más los colectivos —escuelas, ayuntamientos, grupos ecologistas— que organizan campañas para mostrar las graves consecuencias que tendría la pérdida de las zonas boscosas. Y es que, en verdad, la problemática ambiental no deja de ser una problemática educativa. Es evidente que el hombre transforma el suelo y destruye las poblaciones vegetales naturales, con el fin de aprovechar sus recursos: pastos, campos de cultivo, instalación de viviendas, obtención de materias primas. El resultado de todas estas acciones es siempre una modificación y degradación de las comunidades vegetales. Las modificaciones por usos agrícolas y ganaderos pueden provocar la deforestación, la erosión del suelo y el empobrecimiento de las comunidades. Las modificaciones por asentamientos urbanos y construcción de la red viaria —urbanizaciones, casas de campo y autopistas— provocan una explotación forestal. También se producen modificaciones a causa de los incendios forestales y de las actividades de recreo —lugares de acampada, pistas de trial, paso de caballos—, especialmente en las dunas y las playas. También se dan casos de extinción de especies por extracción directa. En cuanto a la fauna salvaje, las causas principales de su regresión son la acción directa e indirecta del hombre, como depredador y modificador del medio, respectivamente. Tanto una como otra han llevado a la extinción de algunas especies animales o a situaciones precarias de supervivencia de otras muchas.

Los ejemplos más claros de la acción directa del hombre sobre la fauna son la caza y la pesca. En cuanto a la acción indirecta del hombre sobre la fauna, podemos mencionar la introducción de especies alóctonas, el uso de plaguicidas y la modificación del medio natural.

A causa del bajo índice de industrialización, en Baleares la contaminación no es un problema generalizado ni de los más graves. En realidad, la contaminación del aire se da únicamente en localidades concretas y es producto directo de determinadas industrias o de una elevada densidad del tráfico.

En Baleares, el uso casi absoluto de aguas de procedencia subterránea, motivado por la ausencia de ríos con aportaciones continuas, ha llevado a una desequilibrada explotación de sus acuíferos. Cerca del mar, estas reservas van



salinizándose, tanto por insaturación marina frontal como por contaminación inducida por el bombeo de aguas saladas atrapadas en los sedimentos recientes. Aunque unos sean consecuencia de otros, los problemas son básicamente de tres tipos: sobreexplotación, contaminación de las aguas subterráneas en todas sus variantes y efectos laterales causados tanto por la explotación como por el abandono o la reducción de las extracciones.

La sobreexplotación, que significa sacar más agua de la que entra en el sistema acuífero, supone un continuado consumo de reservas, hasta el punto de que las salidas naturales del sistema dejan de ser funcionales o bien, en el caso de los acuíferos conectados con el mar, el agua marina invade el medio permeable de tierra adentro siguiendo el proceso de intrusión marina. Todo ello comporta un empeoramiento de la calidad química del agua y, por consiguiente, una recarga inducida de aguas contaminadas. En Baleares existe una complicada legislación específica para la explotación de las aguas subterráneas, con limitaciones, por zonas, en cuanto a profundidades y caudal de los pozos. Desgraciadamente, los medios puestos para una gestión y ordenación efectivas han sido insuficientes o inadecuados. Sería necesario, pues, un cambio urgente de criterios, con el fin de detener la degradación de los acuíferos —única fuente de recursos de agua, hoy por hoy, en la zona—, así como un grado más alto de concienciación de los habitantes en lo que se refiere al consumo de agua durante determinadas épocas del año. Hoy, a causa del turismo, la escasez de agua es uno de los mayores problemas de Baleares.

En el Mediterráneo, la contaminación se debe, principalmente, al intenso tráfico que soporta y, muy especialmente, al hecho de que este mar constituye un callejón sin salida en el que desembocan ríos y torrentes que transportan aguas contaminadas, procedentes de zonas muy industriales del continente europeo. Las aguas marinas también resultan contaminadas por los vertidos urbanos o agrícolas, que aportan materia orgánica, compuestos nitrogenados (abonos), compuestos fosfatados (detergentes), plaguicidas, partículas en suspensión, etc. Estos contaminantes potenciales tienen efectos sobre el mar y sus comunidades, en especial los vertidos industriales que producen alteraciones químicas y térmicas. En Baleares, también es notable la contaminación debida al transporte y al tráfico marinos, ya que se vierten al mar plásticos, productos detergentes, derivados del petróleo y basura en general.

Un claro ejemplo de la destrucción de nuestra tierra fue, hace unos años, la reforma de la Ley de Espacios Naturales (LEN). Con ella se destruyen no sólo los espacios naturales y el futuro de una cada vez más conflictiva industria turística, sino la propia alma de un pueblo. No es cuestión sólo de geografía, sino de humanismo. De aquel humanismo bien encarnado en la naturaleza, que es la casa del hombre; la naturaleza que el hombre no hace añicos llevado por su prepotencia de amo sin conciencia, sino que ama, promueve y respeta y con la que se compenetra. Miquel Rayó nos lo recuerda en el comunicado que leyó el 28 de noviembre de 1992 en la manifestación en defensa de la Ley de Espacios Naturales:

“Treinta monedas, sólo treinta, bastaron, en otro tiempo y en otro lugar, para vender a traición a un hombre justo.

En Mallorca, en 1992, contra la voluntad de un pueblo, un bello país. Treinta. Recordadlo siempre. Guardadlo en la memoria para que nuestros hijos y nuestras hijas sientan algún día la vergüenza, la misma rabia que ahora nos moviliza”.

La misma sociedad genera también un sistema de demandas nuevas, que pretenden la conservación del medio y el aprovechamiento óptimo y sostenido de los recursos.

La conservación es una reacción cultural a la explotación y responde por ventura a un cambio de actitud social hacia el medio.



© ELOI BONJOCH

Hay que buscar una gestión conservacionista del medio que fomente el máximo respeto hacia los procesos naturales y una utilización prudente de los recursos, que asegure su disponibilidad futura en favor de un nivel de calidad de vida aceptable. Esto afectará profundamente los campos de investigación, legislación y educación de la sociedad. Las medidas conservacionistas que podemos proponer son diversas:

- Tratamiento de los vertidos al agua o al aire, mediante técnicas de depuración y de filtrado.
- Reciclaje de basuras.
- Depuración de aguas negras urbanas y su reutilización para regadíos.
- Lucha contra las plagas con plaguicidas de vida corta, fácilmente degradables y de efectos poco persistentes, o con métodos de lucha y control biológico.
- Replantaciones forestales, tanto para re-

generar comunidades propias de la comarca, como para frenar la erosión.

-Restauraciones paisajísticas.

El ecologismo es la respuesta social a la degradación del medio y la extinción de las especies. En nuestras islas, el Grupo Ornitológico Balear y de Defensa de la Naturaleza (GOB) es la expresión de este movimiento y una organización dedicada con rigor a la investigación y a la educación ambiental. ■